

FULGENCIO ARGÜELLES

NO ENCUENTRO
MI CARA EN EL ESPEJO

BARCELONA 2014



A CANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Fulgencio Argüelles Tuñón
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

Cubierta a partir de una fotografía de Emilio del Prado

ISBN: 978-84-16011-25-4
DEPÓSITO LEGAL: B.17874-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

El día de la muerte del cura Lubencio el cielo se puso rebelde y se alborotaron las nubes sobre las peñas más altas y un aguacero que parecía llegado del otro mundo cayó sobre el pueblo como una afrenta y convirtió los caminos en torrenteras de fango, desbarató los ánimos de las hortensias, precipitó las gestaciones y anticipó los partos, reventó los muros del cementerio y dejó en el aire el olor del tuétano de los muertos y el olor de la sangre de los partos prematuros, y también dejó en el aire, aquella tormenta que nadie había previsto, el olor de la tierra que nunca recibe la luz del sol. María Casta, ayudándose de un palo largo de varear los colchones, empujaba hacia el callejón a los cuervos que se precipitaban atolondrados sobre el corredor, y se santiguaba, y le decía a su hijo, Edipio, hijo mío, se acaba de romper el cielo. Él no sabía qué hacer, porque los cuervos le daban mucho respeto, y no se decidía a ayudarla, y tampoco le parecía correcto abandonarla en aquella circunstancia comprometida, porque la veía abrumada y fuera de sí, con los ojos alumbrando un crepúsculo embarrado y los mechones de pelo pegados a la cara como vestigios de un rayo traidor. Así que Edipio le dijo, madre, deja que los cuervos se vayan muriendo y ya tendremos tiempo de recogerlos y hacer una hoguera con ellos, pero ella le gritó, entra en casa y asegúrate de que todas las ventanas tengan terciada la tranca. El joven Edipio sabía que todos los huecos estaban atrancados, porque antes se había ocupado de ello, y por eso insistió y le dijo a María Casta, madre, salvo por la puerta de este corredor, que es lo único que hay abierto, la casa está resguardada, y ella enloquecía por momentos y seguía arrollando cuervos y los llamaba pájaros de mal agüero y también hijos de la gran puta,

y les decía, ir a sacudir la carroña a otra parte, que esta casa no necesita vuestros graznidos de mierda, y su escoba iba y venía como una pesadilla giratoria espantando los aires de la muerte. Uno de aquellos pájaros vino a caer a los pies de Edipio, y él miró con repugnancia y vio que movía torpemente las alas, aún parece estar vivo, y también observó que tenía un pico rojo como la sangre, es el color del demonio, y con la bota lo empujó entre los barrotes hasta hacerlo caer con los otros cuervos al barro del callejón. Una espuma blanca se le escurría a María Casta por las narices, como si estuviera respirando leche recién ordeñada, y le hervían los ojos en un fulgor de brasas que atravesaba la lluvia. Edipio seguía pateando cuervos y le decía a su madre, no es la muerte, madre, esto no es la muerte, sólo son pájaros aturdidos por la tormenta, y ella lo miró, se apartó de la cara la cabellera desgredada por el temporal y con la mano entumecida por el frío hizo la señal de la cruz e intentó decirle algo a su hijo, pero no fue capaz, porque sus ojos giraron para mirar el vacío y su cuerpo se derrumbó sobre el tablaje del corredor.

Edipio la llevó junto al fuego y le quitó las ropas mojadas. El cuerpo de María Casta parecía pintado de leche. Él lo fue secando despacio con el pico de un paño, entreteniéndose en cada brillo de aquella piel fría y blanca como el mármol de la mesa de la cocina, buscando el fondo de los pliegues, aquí las corvas de las piernas, duras de tanto patear el carbón de las tolvas desde los trece años, tensas de escapar a los desarreglos de la vida, aquí las pobladas axilas encubriendo olores inconfesables, quién se habrá desvanecido en ellas, allá la rojez de unos muslos que se pierden como pistas de arena en un bosque de flores negras, quién se habrá extraviado en él y en él habrá dejado su siembra. El paño huía hacia el vientre, allá queda ese mechón rizado de gotas temblorosas, como un humedal prohibido, un paño es poco para se-

carlo, un hijo no es quién para trastornarlo, son rincones que merecen tratamientos más complejos, rincones que un día pretendieron conseguir la gloria, y aquí está el ombligo go-teando, exigiendo un roce, una terneza, un pensamiento al menos, en él hundía Edipio el extremo de la tela, y surgía un punto negro indescifrable, quizá una ahogada pelusa, tal vez restos de las plumas de los cuervos moribundos, o también una señal, la encarnación de un antiguo escalofrío, o de un remordimiento, aquí empleó su navaja la partera María Perpetua para cortar aquello que era de ley cortar, para inaugurar una maldita pregunta, quién es el otro dueño de esta inversión que acabará en quebranto. Después de pasar el paño, Edipio rozaba la piel de su madre con la yema de los dedos y sentía que un escalofrío le recorría las piernas y los brazos y hasta le sacudía la cabeza, igual que un hálito eléctrico. Buscó los dedos de la madre, flotando entre el mimbre y el fuego y abandonados a su suerte, colgando dispersos de unas manos rendidas, y el paño se enredó en ellos y luego siguió recorriendo silencioso y vacilante el cuerpo que ya comenzaba a latir, a estremecerse, aquí los pechos vivos que un día él había succionado, de nuevo a su alcance, inaccesibles para otras bocas amantes, exhibiendo con descaro su perfección, cubiertos y endurecidos por una escarcha nocturna, tensados y densos, gélidos pero rodeados de un halo ofensivo y ardiente, ocupándolo todo, desde el rugido incesante de la tormenta hasta el repentino cataclismo de los labios, desde las tristes tinieblas de los muebles hasta la respiración arrebatada y jadeante.

Acercó sus labios a los pechos de la madre y lamió sus pezones, con miedo, como quien se dispone a probar una sustancia que sospecha envenenada, y la lengua se deslizó como una babosa encendida por los pliegues oscuros, casi negros, y Edipio sintió en su boca transgresora el sabor de la tormenta, y su lengua temblaba y él temblaba, y la curiosidad aca-

bó transformándose en miedo y se vio a sí mismo distraído por un pensamiento indecible, embriagado por la quimérica transformación de una realidad que pedía a gritos ser reverenciada, y el hijo conoció, aquel día junto a la madre desnuda, la hora máxima de la soledad, el momento en que uno presiente que sólo existe el vacío y que nadie está para explicarte nada y que nunca nadie estará para disculparte nada, el momento en que todas las cosas que flotan alrededor son mentira y están lejos, como dibujos arrugados y gastados en la memoria. Edipio miró a su alrededor y allí estaban esas cosas, resistiéndose a ser engullidas por la penumbra de los olvidos, los azulejos blancos del fregadero, el humo negro del fuego incrustándose en los tablones del techo, el golpeo incesante de la lluvia en los cristales, los estruendos del viento forcejeando tenaces con las trancas y los aldabones, la alacena empotrada en el muro de piedra, la azuela colgando como el frío badajo de una culpa del pontón de la escalera, las vueltas de las morcillas en la baranda de la chimenea, los azulados guiños del fuego, el gabán prendido en el clavo de la puerta, y todo se iba unciendo para alejarse, para dejar de ser, para desvanecerse como un castillo de arena al que atrapa la marea, la mecedora de mimbre donde la madre se sienta a zurcir bombachos, donde ya la abuela muerta de tisis hilvanaba los cuentos de criaturas extraordinarias que salían de las cuevas y los lagos para traer el miedo, las estampas del santo Roque con el perro fiel que le lamió las llagas de la rodilla, el dibujo a carboncillo de la vieja Menedora, aquella que no había sido mártir ni virgen ni anacoreta, pero a quien las gentes del monte adoraban como a una santa, y el mármol de la mesa, y los cántaros de barro, y también los reflejos del agua quieta de los calderos, y la luz de una bombilla que se alejaba, ya casi se apagaba, más que una luz parecía la sustancia que en la memoria conforma lo que ya ni siquiera merece ser recordado.

Un orden fantasmal fue dejando la casa vacía, abandonada a la suerte de la súbita y desmesurada borrasca, saqueada por el tedio de la lluvia, sumida en las sombras de un deseo maligno y habitada por la fiebre de una soledad que el joven Edipio nunca antes había sentido, ni siquiera cuando bajó por primera vez a la mina y en lo alto de la rampa se le apagó la lámpara de petróleo y sintió que una sombra entraba en él para morderle las tripas, dolores que no se olvidan, a la oscuridad hay que conocerla, le dijo Efrén Alonso, su picador, cuando la conoces acaba haciéndote compañía. Ahora todo parecía dejar de existir y las existencias perdidas pasaban a formar parte de él, así que su mente era la suma de las barreduras del mundo, una forma como otra cualquiera de expresar la pérdida de los sentidos. Miró el paño entre sus manos, lo estrujó hasta hacer una bola con él y con rabia lo arrojó al fuego.

María Casta abrió los ojos y, entre el brillo de la noche y el tableteo del viento, contempló a su hijo, arrodillado junto a ella como un fantasma, y alargó la mano para tocar su cara y percibió en él los olores de sus primeros años, cuando se atragantaba con los pezones rezumando leche, y lo vio indefenso, como entonces, y pensó que aquellos diecisiete años habían transcurrido demasiado apresurados, agolpándose sin cautela sobre los bordes de un cuerpo que se resistía con violencia a abandonar la infancia, y alargó la otra mano hacia él y fue cuando se dio cuenta de su propia desnudez, pues entre sus brazos alargados y la cara trémula de Edipio quedaron flotando sus pechos, atrapados en un espacio recién concebido y sostenidos por el resplandor de las llamas. María Casta emitió el gemido de la vergüenza, se convulsionó su cuerpo en un sollozo de lástima y con los brazos se cubrió los pechos y dobló la espalda hasta dejar la cabeza apoyada en las rodillas, y otro nuevo quejido compuso la pregunta, qué es esto, y Edipio le dijo, madre, te quité las ropas mojadas y te seca-

ba el cuerpo con un paño limpio, y la cubrió con una manta y se volvió hacia el fuego para dejar dos leños y avivar las llamas. María Casta, desde el fondo de la manta, le preguntó a su hijo si había cerrado bien la puerta del corredor, y él le respondió, claro, madre, todo está bien cerrado y ahora que llueva lo que tenga que llover.

Edipio le arrimó a su madre una taza de caldo caliente. Ella bebió y, después de unos sorbos, le dijo, me has visto desnuda, y él se sintió enrojecer y arrimó su cara al fuego para que su vergüenza no fuera tan evidente y le dijo, bueno, madre, y eso qué importa, al fin y al cabo yo mamé de esos pechos y salí de ese vientre, y ella sonrió y le pidió que se acercara y lo abrazó y le comentó, ya se habrán marchado los cuervos, y él añadió, se habrán marchado todos menos los muertos, a éstos la lluvia los arrastrará hasta el arroyo. Ave de mal agüero, a mi vera no la quiero, añadió María Casta. En el hogar un leño se partió y estalló una brasa en el aire. Edipio se arrimó más a su madre y ella le dijo, eres ya todo un minero, qué dirían tus compañeros si te vieran abrazado por tu madre como un niño, y él respondió, sólo soy un ayudante con apenas tres meses de rampa, y ella lo abrazó más fuerte y le preguntó si había visto algún otro cuerpo desnudo, y él tardó en responder y al final dijo que no, que desnudo por entero hasta aquella noche no había visto ninguno, y María Casta le volvió a preguntar, y qué te pareció mi cuerpo desnudo, y él levantó los hombros para soltarlos de golpe en señal de vacilación, se desprendió del abrazo de la madre, se puso de pie y su cabeza golpeó las morcillas de la baranda, y miró hacia la penumbra, de la que volvían las cosas que habían sido engullidas, para ocupar de nuevo su espacio en la realidad del cuarto, y dijo, madre, tienes un cuerpo tan joven y tan blanco que da miedo mirarlo, y ella le explicó, pues no debes sentir miedo, porque tú eres parte de él, tú saliste de él, y lo hicis-

te, por cierto, con mucha dificultad, diez horas tardó la partera María Perpetua en lograr que asomaras la cabeza, y por tres veces perdí el conocimiento. Edipio miró los ojos de su madre y los imaginó apretados por el sufrimiento intenso y también imaginó sus labios cuarteados por la fiebre y su boca entreabierta exhalando saliva blanca y su vientre abultado retorciéndose en contracciones bruscas, y giró para volverle la espalda a la madre, fijó sus ojos en el dibujo de la santa Menedora y sintió el agobio de un tropel de pensamientos que se agolpaban en su cabeza exigiendo diligencia, solicitando aprecio, y apoyó la frente contra la repisa de la chimenea, la apretó contra la madera para estrujar aquellos incómodos pensamientos, y sintió un crujido de huesos, como si un carro le hubiera aplastado el cráneo, y uno de aquellos pensamientos consiguió zafarse de la apretura, se escurrió por las dovelas de la voluntad en forma de designio, golpeó las válvulas del corazón reclamando una atención que siempre le había sido negada y apareció en sus labios jadeantes en forma de pregunta, ya es hora, madre, de que me digas quién penetró en ese cuerpo un día para engendrarme, ya es hora, madre, de que yo sepa quién demonios es mi padre, ya es hora, madre, de que tu hijo Edipio conozca la verdad. María Casta sintió un olor rancio e intenso, el olor del polvo de los desvanes, el olor de las aguas que se empantanán, el olor de la herrumbre de los candados que permanecen cerrados durante años, el olor de las bolas de naftalina, el olor del guano blanquecino de los cuervos que traen la muerte, y se levantó, sintió el frío de las piedras en sus pies descalzos, se acercó a su hijo y le dijo, hay cosas a las que resulta inútil volver, recuerdos que están tan sepultados que hurgar en la memoria para buscarlos sería como desenterrar a un muerto, hay cosas que es mejor dejarlas como están, hay circunstancias, hijo mío, que se descomponen sin remedio ante la mirada impasible de Dios, hay pesadillas que si consiguen salir de los sueños acaban parándote el corazón. Edipio miró

a su madre y sintió lástima por ella, y también sintió lástima de sí mismo, extraviado desde la infancia en la búsqueda desesperada de explicaciones para su desconcierto, con los recuerdos adulterados por la angustia y retorcidos en una historia incompleta. Madre, le dijo, tengo derecho a saberlo. María Casta explicó, los hombres andáis siempre tropezando, debe de ser por la velocidad a la que gira el mundo, a los árboles se les caen las hojas y a vosotros se os desperdigan los pensamientos. Una ráfaga de viento y el crujir repentino de la tranca les recordó, a la madre y al hijo, que aún no había cesado la tormenta. Ella dijo, algo malo está ocurriendo, y él se fue hacia la escalera, y tropezó con la azuela que colgaba de una cuerda, allí estaba como un torpe y estrambótico badajo desde hacía años, inservible, oxidada, María Casta no permitía que nadie la tocara, y Edipio preguntó lo que ya había preguntado otras veces, cada vez que tropezaba con ella, por qué te empeñas en tener aquí colgado este trasto en lugar de guardarlo en el cajón de las herramientas, y su madre le respondió, ahí estuvo siempre y ahí seguirá, tengo mis razones, y Edipio insistió, pero dime por qué, y ella lo miró compasivamente y le dijo, no te puedo explicar todas las cosas que a ti se te ocurran, algunas ni yo misma las entiendo, pero son como son, así que deja esa azuela donde está, pues yo me siento bien teniéndola ahí colgada, y no se te ocurra cambiarla de lugar. Edipio pensó que las madres, o tal vez todas las mujeres, utilizaban formas de razonar extrañas y que quizá por eso andaban separados en las escuelas los niños y las niñas, y le dijo a su madre, por mí puedes colgártela en la cabecera de la cama o ponerle un lazo y llevarla a la misa de los domingos, y ella se rió y no dijo nada.

María Casta se vistió y preparó unos huevos fritos que acompañó con sardinas en salmuera. Le dijo a Edipio que trajera una jarra de vino y los dos se dispusieron a cenar sobre la